»Toda malicia que se atrae el odio del cielo, tiene por fin la *injuria;* y todo fin tal [toda injuria] contrista a ctro con *violencia*, o con *fraude*. El fraude, por ser mal propio del hombre [abuso de la razón que es la facultad humana por excelencia], desagrada a Dios más, y por eso *los fraudulentos* están los más bajos, asaltados de mayores suplicios. *Los violentos*, [es decir, los que para hacer la injusticia se sirven de la violencia] ocupan todo el cerco primero [de los tres en que se divide la ciudad roja]. Mas, porque la fuerza puede hacerse a tres clases de personas, está dividido y repartido en tres recintos. Puede uno hacer fuerza contra Dios, contra sí mismo, contra el prójimo; y esto en las personas y en las cosas...»

De la misma manera «el fraude, que a toda conciencia muerde, puede usarle un hombre con quien se fía de él o con quien no hace especial confianza. Este último modo parece no romper otro vínculo que el de naturaleza; por eso anidan en el segundo cerco» los pecados de simple fraude, la hipocresía, las lisonjas, etcétera. «Por el otro modo, se olvida el amor natural y el adquirido o de amistad, de donde nace la especial confianza; por donde todo el que traiciona es consumido eternamente en el cerco más estrecho, donde está el punto del universo en que Dite se asienta.»

Resumiendo en pocas palabras esta exposición del poeta filósofo, tendríamos: En la ciu-

© 2011 Real Academia de Jurisprudencia y Legislación